INFANTES IMPROVISADOS.

COMEDIA ORIGINAL,

EN UN ACTO Y EN VERSO,

DE

Don Pedro Calvo Asensio



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.
Noviembre de 1847.

PERSONAS.	ACTORES.
ELENA.	*Doña Josefa Rizo.*
EL CAPITAN MATEO. . . .	*Don Juan de Alba.*
ROBLEDO.	*Don Manuel García.*
UN GEFE DE LAS TROPAS DE LA INFANTA. . . .	*Don Ramon Areu.*
ARPON.	*Don Antonio Capo.*
SEVERO.	*Don Francisco Écija.*

SOLDADOS Y PUEBLO.

AL LICENCIADO EN DERECHO

DON MIGUEL FERNANDEZ GALLEGO.

Ninguna importancia literaria tiene el presente juguete; pero hay en él las recomendables circunstancias de haber sido escrito por complacer á mi querido amigo don Juan de la Rosa, y para fin de fiesta del beneficio de la apreciable actriz Señora Rizo Ademas lo escribí á tu lado, y su lectura te agradó Todas estas razones le hacen á mi vista objeto de recuerdos inolvidables, y en este sentido tiene un doble placer en dedicártele tu querido primo y amigo

P. Calvo Asensio.

Acto único.

Interior de una fortaleza: dos puertas laterales á la derecha y otras dos á la izquierda. Una ventana practicable á la altura de una persona. Una mesa con recado de escribir. Las dos puertas de último término conducen, una á las habitaciones del capitan y conserge, la otra á la calle. Las otras dos son de encierros.

ESCENA PRIMERA.

EL CAPITAN MATEO. SEVERO.

Capitan. Dos mil escudos! no es nada:
si yo los cojo, Severo,
quién pone entonces la ley
al buen capitan Mateo?
Pero es preciso atrapar
á doña Isabel primero:
ay! triste, si doy con ella!
si yo con ella tropiezo!...
Tú la conoces?

Severo. Yo no:
jamas estuve en Toledo,
ni vi nunca su retrato,
ni sé si tiene buen cuerpo;
si es resuelto su mirar,
ó si tiene talle esbelto.

Capitan. Tampoco yo la vi nunca;
pero en mi poder conservo

señas fijas, minuciosas...
(Sacando un papel.)
Vas á ver: aqui del testo.
(Lee alto.)
«Edad como unos veinte años;
»ojos azules de cielo;
»blanca como el alabastro,
»aire gentil, talle esbelto,
»pie breve, mano torneada,
»barbita de hoyo en el centro;
»estatura regular,
»y dorados los cabellos:
»la voz delicada, dulce...»

Severo. Segun lo que estoy oyendo
es una perla la infanta.

Capitan. Es de hermosura un lucero.

Severo. Pues sabeis lo que yo digo?
que el hallazgo no es malejo,
y que de ciertos tesoros
los hallazgos son espuestos.
Y decid: al que la encuentre
le darán los dos mil?...

Capitan. Luego;
porque el intrépido infante
quiere quitarla de en medio
para que nadie pretenda
gobernar en este reino
mas que él: de modo que si hoy
dan el ataque sangriento
las tropas de los dos bandos
y en el combate vencemos,
quedando las de la infanta
en un desorden completo,
no tendremos que hacer mas
que olfatear su paradero,
y en un decir santi amen
la encaja en un monasterio,
ó si la viene mejor
la colgarán, y *Laus Deo.*

Severo. Y es cierto lo que se dice
de andar de incógnita buyendo
por estos alrededores?

Capitan. (*Con misterio.*)
Segun me han dicho, muy cierto:
va vestida de aldeana,
sus maneras encubriendo;
y dicen por muy seguro
la va un príncipe estrangero,
tambien con rústico trage,
de amparo y guia sirviendo.
Ya he destacado mis tropas
por todos estos terrenos,
con la severa consigna
de no perdonar un hueco
sin registrar, y no dudo
que si está, la encontraremos.
Entonces hago mi suerte;
me da el infante un ascenso;
recojo dos mil escudos,
y me armarán caballero,
y se hará inmortal el nombre
del gran capitan Mateo.
Como caiga en mi poder,
la pondré cara de perro;
la trataré á la baqueta
como un duro carcelero.

Severo. Será eso una usurpacion
de propiedad de mi empleo;
que la cara de baqueta,
ojos turbios y mal gesto,
son propiedad de conserges
de calabozos y encierros.

Capitan. Yo adopto esos atributos
por un cortísimo tiempo,
y solo para la infanta
mi duro rigor conservo.

Severo. Señor, y siendo muger,
sereis mas que yo severo?

Capitan. Sí, lo seré; pero atiende,
no te hagas cruces por eso.
La tiene un odio el infante
inestinguible, sangriento,
y como teme se aumente
de la infanta el bando fiero

que con la ley de la fuerza
la sostenga en sus derechos,
anhela su destruccion,
sean los que quieran los medios.
Y yo que aspiro á medrar,
y á tender altivo el vuelo
bajo el pendon del infante,
digo para mi coleto...
cuanto mas duro me muestre
con ella en este momento,
tanto mas ha de crecer
de mi señor el aprecio.

Severo. Eso es vivir prevenido.

Capitan. Dios me entiende, y yo me entiendo.

Severo. Y estan tan cerca de aqui
las fuerzas de ambos ejércitos?

Capitan. Distan una media legua,
y los dos se hallan dispuestos
á sucumbir ó vencer:
y para infundir aliento
la infanta á sus defensores,
desea unirse con ellos,
y va en trage de aldeana
evitando asi recelos.

Severo. Esa muger es el diablo.

Capitan. La hacen de mucho talento;
pero si en mis manos cae,
no la ha de valer su genio.

ESCENA II.

EL CAPITAN MATEO, ROBLEDO. (*Severo se retira á una seña del capitan.*

Robledo. Capitan, por esta vez
dejadme que os dé los brazos;
que han dado caza los lazos
de nuestra tendida red.

Capitan. Tu satisfaccion es tanta,
que bien á entender me da...

Robledo. Que es cierto, señor, que está
en nuestro poder la infanta.

Capitan. Ven, ven, Robledo; te estrecho
otra vez... asi... asi...
Ya hice yo mi suerte aqui...
quiero decir, la hemos hecho.
Pero no será ilusion
que me pinte mi deseo?
Dónde está, que no la veo?
Tráela pronto á la prision.

Robledo. La haré que entre.

Capitan. Pero no:
corre, corre... y sino espera;
cuéntame de qué manera
el golpe se consiguió.
Con el placer me sofoco!
y... será verdad, Robledo?

Robledo. Capitan!

Capitan. Sí, sí: ya puedo...
Qué sé yo: me vuelvo loco.
Tanta alegría! Por Dios,
que ya raya en desvarío:
un triunfo que todo es mio!!!
Quiero decir, de los dos.

Robledo. (Me pasma su esclusivismo:
un triunfo que yo he alcanzado!
Porque sea yo, ó sea un soldado,
me parece que es lo mismo.)

Capitan. Vamos, cuenta prontamente
hallazgo tan singular.

Robledo. Si no me dejais hablar,
cómo quereis que lo cuente?

Capitan. Pues habla pronto.

Robledo. Cachaza:
ibamos por esos cerros,
lo mismo que van los perros
cuando rastrean la caza.
Mi afan habia sido en vano:
pero en mi anhelo constante,
dije á mi gente, adelante,
ojo alerta y arma en mano.
Cansados de ir juntos ya,
mis fuerzas distribuí;
unos iban por alli,

y otros iban por acá.
Cruzabamos sin sosiego,
cuando oigo que dicen, alto:
al pronto me sobresalto,
pero me repongo luego.
Recobrado ya el valor,
vi un soldado que corria,
y con afan perseguia
bultos de caza mayor.
Y aunque era aun muy temprano
y algo oscura la mañana,
reconocí una aldeana
del brazo de un aldeano.

Capitan. Qué dices? En este instante,
será mi ventura tanta
que estando presa la infanta,
lo esté tambien el infante?
Es verdad, Robledo?

Robledo. Lo es.

Capitan. Ven, ven; te vuelvo á abrazar.

Robledo. Señor, dejadme acabar,
y os alegrareis despues.
Brincaban como cabritos;
pero el soldado Robellos,
se planta delante de ellos
y se quedan tamañitos.
La infanta que aquello vió,
su libertad imploraba,
y el soldado vacilaba,
cuando me presento yo.
Mi ambicion ya satisfecha,
veo las señas que tienen,
y en todas, señor, convienen
desde la cruz á la fecha.
Pie breve, mano torneada;
su edad, sos ojos son tan...
Cuando os digo, capitan,
que no discrepan en nada!

Capitan. Supongo que en caso tal
sus nombres no habrán negado;
y al fin habrán confesado...

Robledo. Pues habeis supuesto mal;

porque en sus tristes clamores
han negado y negarán,
y creo que antes serán
mártires que confesores.

Capitan. Si ella niega, sentirá
mi furor; con que, que elija.

Robledo. Jura y perjura que es hija
de un sacristan de Alcalá;
y á su sentida afliccion
ayuda su compañero,
diciendo que es peluquero
de la misma poblacion.

Capitan. Voy á oficiar al instante,
porque llegue presurosa
hazaña tan venturosa
á noticia del infante.
Hacedles luego aqui entrar;
y si insisten... sin remedio...

Robledo. Yo creo que no habrá medio
para hacerles confesar. (*Vase.*)

ESCENA III.

EL CAPITAN MATEO.

Si en negar está empeñada
y yo penetro lo cierto,
predicará en un desierto;
y á mí qué me importa? Nada.
Hoy subo como la espuma
con hazaña tan propicia:
vamos á dar la noticia...
preparo papel y pluma.

(*Escribe.*) «Señor, los esfuerzos, fatigas y penalida»des emprendidas y llevadas á cabo por mí para conse»guir la captura de la infanta, son inesplicables y difici»les de concebir; pero al fin han dado el mas satisfac»torio resultado; asi es que la he sorprendido por mí »mismo, en compañía del príncipe incógnito que la »acompañaba. Les mantengo en el castillo del Pardal »hasta nuevas órdenes de S. A.»

«A pesar de mis esfuerzos y actividad, no quiero

»que este triunfo se atribuya solamente á mi persona, »puesto que tambien los soldados han hecho lo que han »podido.»

No dirán que hay egoismo
ni en el parte ni en sus modos:
es cierto tambien que todos
los gefes hacen lo mismo.
Siempre somos delicados
al pedir por los demas:
y yo olvidarlos? Jamas.
Primero son los soldados.

(Cierra el pliego: á este tiempo entran Elena y Arpon conducidos por Robledo.)

ESCENA IV.

EL CAPITAN. ROBLEDO. ELENA. ARPON.

Capitan. *(Aparte á Robledo.)*
Sin treguas y sin sosiego,
con el cuidado mayor,
que lleven á mi señor
este interesante pliego.
Robledo. Asi se hará con presteza.
(Vase Robledo.)
Capitan. Aunque sea duro el empleo,
tiene el capitan Mateo
que encarcelar á su alteza.
Elena. Militar, sed nuestro amigo.
Arpon. No somos quienes decis.
Capitan. Si en vuestro engaño insistís,
no va ese engaño conmigo.
Me consta seguramente
que tras de vuestra belleza
se guarda mucha destreza
para engañar á la gente:
pero eso no pasa aqui.
Arpon. Estais muy equivocado,
porque en su puesto elevado
no ha engañado mas que á mí.
Elena. Miente, señor, miente Arpon;
que él es quien me ha seducido,

y por él he descendido
de mi alta posicion.

Capitan. Basta, basta; ya es segura
mi conviccion en un todo;
sino, decid, de qué modo
bajásteis de vuestra altura?

Arpon. Fue con una luz.

Elena. No mientas,
que á oscuras nos deslizamos,
y la escalera bajamos
á tropezones y á tientas.

Capitan. Esa conducta no abono;
que aunque contrarios tengais,
quién olvida que bajais
los escalones de un trono?

Arpon. Capitan, bien.

Capitan. Hola, hola!

Arpon. Un trono, y trono oportuno,
elevado cual ninguno,
merecido de ella sola;
y aunque mis frases sean vanas
y luego el tiempo las borre,
su trono estaba en la torre
y su cetro en las campanas.
Y cuando repica, es tal
lo que mi amada descuella,
que no hay quien juegue como ella
con las lenguas de metal.

Capitan. Qué es esto?

Elena. Tiene razon;
que mis sentidos repiques
salvaban libres los diques
con que luchaba mi Arpon.
Severo mi padre fue
cual sacristan violento,
no queriendo que mi acento
contestase al de José!
Y en el metal imprimia
suspiros que yo exhalaba,
y el viento se los llevaba,
y el metal los repetia.
Y las campanas caducas

hablaban al corazon
de mi idolatrado Arpon,
mientras peinaba pelucas.

Capitan. Señores, bien ensayais
los rasgos de vuestro genio;
y á pesar de tanto ingenio
no penseis que me engañais.
No os valdrá vuestro saber;
que el infante en profecía
y la infanta en rebeldía
no saldrán de mi poder.

Arpon. Rodando como peonzas
nos llevan.

Capitan. Ya mi corage...

Elena. Yo no entiendo ese lenguage.

Arpon. Ni yo tales gerigonzas.
Oid el clamor cercano...

Capitan. (Me harán perder los estribos.)

Arpon. De dos amantes furtivos,
que huyen de un padre tirano.

Elena. Seguireis empedernido,
conociendo á lo que alcanza
la formidable venganza
de un sacristan ofendido?

Capitan. Me irrita tanta doblez;
y pues seguis vuestro intento,
haré el reconocimiento,
y acabemos de una vez.
(*Saca el papel de las señas.*)
Como veinte años de edad.

Elena. Mal principiais el asedio;
tengo diez y nueve y medio;
Arpon mio, no es verdad?

Arpon. Capitan, no lo dudeis,
y si hace falta, de hinojos...
(*Queriéndose arrodillar.*)

Capitan. Azul de cielo los ojos.

Elena. Eso vos lo observareis.

Arpon. Como que son el recreo
por quien mi existencia arrastro.

Capitan. Blanca como el alabastro.

Arpon. Toma, toma; yo lo creo!

Si seguis asi, señor,
acertando en el relato,
vais á sacar su retrato
mucho mejor que un pintor.

Capitan. Aire gentil.

Elena. (*Paseándose con coquetería.*)
Yo no sé...
Yo creo que no.

Arpon. Si tal,
que tienes mas garvo y sal...

Capitan. Pie breve.

Elena. (*Presentándole con descuido.*)
Tambien el pie?

Arpon. Mucho, si: como que engendra
cariño su retintin;
que es tan chiquirritin,
que me parece una almendra.

Capitan. Mano torneada.

Elena. Ya, ya...

Capitan. (Este es un famoso encuentro.)
Barbita de hoyo en el centro.

Elena. Pues eso... á la vista está.

Capitan. (No falla ni aun un perfil
de su rostro angelical!)

Arpon. Sus labios son de coral
y sus dientes de marfil.
Que no es exageracion
si digo que es un tesoro;
sus cabellos como el oro,
su boca como un piñon.

Capitan. Ya no prosigo adelante;
me basta con seña tanta;
conozco en vos á la infanta,
y en vos á un oculto infante.
Mi empresa aqui terminó,
pues confesais...

Arpon. No confieso.

Capitan. No decis?...

Arpon. Yo no digo eso;
yo digo que si y que no.

Capitan. Ya se agota mi paciencia!
Si niegan con tal fervor,

desde ahora doblo el rigor
sin asomos de clemencia.
Y por medios inhumanos...

Elena. Arpon mio!...

Arpon. Elena mia!...

Capitan. Os veré en dura agonía
atados de pies y manos.

Elena. (*A Arpon.*)
Mas vale mentirle ahora.

Arpon. (*A Elena.*)
Y mejor nos tratarán.

Elena. (*Afectando un sentimiento ridículo.*)
Pues bien, yo soy, capitan.

Capitan. Gracias al diablo, señora,
que declarais...

Elena. Sí, yo soy
la infanta doña...

Capitan. Isabel.

Arpon. Infantado bien cruel!

(*Empieza el tono de parodia, que lo marcarán los actores segun los versos y la situacion.*)

Elena. Por él en encierro estoy!

Capitan. Y vos? (*A Arpon.*)

Arpon. (Afuera embelecos.)
(*Con importancia.*)
Mi nombre y cuna son tan...

Capitan. Decid.

Arpon. Yo soy, capitan,...
emperador de Marruecos.
Mi imperio es tan colosal,
y mi fuerza tan potente,
que le nombra el continente
el imperio universal.

Elena. Aqui aguardo resignada!!

Arpon. Aqui espero enternecido!!

Elena. Tu poder, de qué ha servido?...

Arpon. En esta ocasion, de nada.

Capitan. (Ya me contrista su suerte!)

Arpon. (*Al Capitan.*)
Qué nos marca nuestro sino?

Elena. Qué nos depara el destino?

Arpon. Qué nos depara?

Capitan. La muerte.
Elena. Ah!
Arpon. Oh! piedad! atencion!
No somos tales infantes.
Elena. Os hemos engañado antes.
Capitan. Basta de conversacion.
Severo!

ESCENA V.

LOS MISMOS. SEVERO.

Elena. Suerte fatal!
Capitan. (*A Severo.*)
Los dos infantes te entrego;
puedes conducirles luego
á su prision cada cual.
Arpon. Capitan, por Dios, oid!
Elena. Sed complaciente un momento.
Capitan. Basta ya de fingimiento.
(*A Severo.*)
Con mis órdenes cumplid. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, *menos* EL CAPITAN.

Severo. Asi se hará. Eh, señores!
Vos aqui, y vos acullá.
Elena. Perdon!
Arpon. Piedad!
Severo. Basta ya:
no vengo á escuchar clamores:
cuando él me manda, bien sabe
lo que le toca mandar;
servíos al punto entrar,
daré la vuelta á la llave.
Elena. Sereis tan duro y cruel,
que estando ya encarcelada,
con llave tengais guardada
á doña infanta Isabel?
Severo. Es precision de mi oficio.

Arpon. Tratarás como á un villano
á un futuro soberano?
á el infante... don Fabricio?
Tal vez tu suerte se labra
en este momento grave;
no nos guardes bajo llave,
y fia en nuestra palabra.
Yo no olvido ni perdono!!

Elena. La suerte da muchas vueltas,
y en tan contínuas revueltas...

Arpon. Ay de tí si subo al trono!

Severo. (Si él vence, ¡triste de mí!
me colgará, si á su afan
no accedo... y el capitan?
qué debo de hacer aqui?)

Arpon. Di pues.

Severo. Que estoy conmovido.

Elena. Y atiendes á tu conciencia.

Severo. Pues ya terminó la audiencia,
y cada cual á su nido.
No echaré la llave.

Arpon. El llanto
es de gratitud cumplida:
dejadnos por despedida...

Severo. Basta, señores, no tanto:
si no se apartan los dos...
(*Interponiéndose entre ellos.*)

Elena. Ingrato! (*A Severo.*)

Arpon. (*Id.*) Cruel!

Severo. (Qué pena!)

Elena. (*Dirigiéndose á su encierro, y mirando á Arpon.*) A Dios, Pepe!...

Arpon. (*Id.*) A Dios, Elena!

Elena. Pepe!

Arpon. Elena!

Elena. A Dios!

Arpon. A Dios!

(*Se entran cada cual en su prision: esta separacion se hará con una afectacion ridícula y sentimental.*)

ESCENA VII.

SEVERO.

No soy para carcelero:
ya iba yo á hacer mi puchero
si no se van á encerrar:
al ver su destino fiero
me dan ganas de llorar.
Qué confusion! Voto al draque!
ó yo soy un badulaque,
ó á Elena y Pepe se avienen,
y á Isabel, Fabricio... tienen
mas nombres que un almanaque.
En infantes no me estraña;
mas quién á mí me dijera
que en esta corta campaña
un favor Severo hiciera
casi á los reyes de España?
Si acaso en dias serenos
cambia la guerra sus males,
me tendrán entre los buenos...
Cuántas privanzas reales
han empezado por menos!
Oh! si triunfa el alzamiento
por esta gente, me crispo!
Yo con poco me contento;
con que me hagan al momento
ó general, ó arzobispo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ARPON. ELENA.

Elena. (*Asomándose.*)
Ya se marchó!
Arpon. (*Id.*) Ya se fue!
Elena. Qué temores! (*Id.*)
Arpon. (*Id.*) Qué agonía!
Elena. (*Saliendo.*)
Pasito á paso saldré.
Arpon. De puntillas andaré. (*Id.*)

Elena. (*Viéndole.*)
Arpon mio!
Arpon. Elena mia! (*Se abrazan.*)
Elena. De susto estoy tiritando.
Arpon. Yo tambien: mas tu presencia
va mi temblor mitigando.
Elena. Ay! qué cara estoy pagando
mi fatal condescendencia!
Ha sido infame, inhumano,
por mas que á ti no te cuadre,
nuestro proceder villano.
Arpon. (*Con entonacion trágica.*)
Por qué me negó tu padre
la posesion de tu mano?
Tres veces... como un cordero,
sufrí su rigor severo:
no le bastaba á su afan
ver postrado á un peluquero
á los pies de un sacristan?
Ya ves que en mí no hay bajezas:
esto de tí no lo borres
comparando las noblezas;
si él dominaba en las torres,
yo dominaba cabezas.
Elena. Hoy nuestro imprudente celo
va á recibir sin demora
el premio de tal desvelo;
que lo que nos pasa ahora
es un castigo del cielo.
Arpon. Próspera y fatal la suerte,
por un cambio de fortuna
infanta ha querido hacerte.
Elena. Pero al elevar mi cuna
es para darme la muerte.
A esto tu amor me convida!!
Arpon. Con esas frases estrañas,
el alma tengo partida!
Ay! Elena de mi vida!
Elena. Ay! Pepe de mis entrañas!
Arpon. Tu pecho se conmovió!
Elena. Con esta idea me abismo.
Pero nos matarán?

Oh!

Arpon. Yo pienso, Pepe, que no.
Elena. Yo quiero pensar lo mismo.
Arpon. Me hallo menos pesarosa.
Elena. Sí; tus temores espanta;
Arpon. pero, sabes una cosa?
que desde que eres infanta
me pareces mas hermosa.
Elena. Tú me vuelves el reposo
con requiebro tan galante;
y, ó mi juicio es engañoso,
ó desde que eres infante
me pareces mas hermoso.
(*Con entusiasmo.*)
En tí mi amor se confía.
Arpon. Tú eres la estrella de Arpon.
Elena. Y tú mi norte y mi guia.
Arpon. Elena del alma mia!
Elena. Pepe de mi corazon!
Arpon. Pero es mi sorpresa tanta
tu gracia al considerar
desde el cabello á la planta,
que otra no podrán hallar
mejor que tú para infanta.
Si buscan en tí nobleza,
de ella tu rostro es destello;
y tu garbo y gentileza
van derramando grandeza
desde la planta al cabello.
Elena. No prosigas adelante,
que tambien á mí me encanta
ese aire gentil de infante...
Tú eres un mozo arrogante
desde el cabello á la planta.
Tú tienes una alma hermosa;
eres de semblante bello;
si tu estatura no es cosa,
es tu presencia garbosa
desde la planta al cabello.
Arpon. Mira: pues tienes razon;
no es una vana jactancia
este aire de señoron;

vamos, está visto; Arpon
es un hombre de importancia.

Elena. Dicen que una cosa buena
con lo bueno se baraja;
y si tú eres una alhaja,
me parece á mí que Elena
no es ningun saco de paja.

Arpon. No estamos equivocados;
y para decir me fundo,
que nacidos ó plantados,
nosotros somos llamados
á ser los gefes del mundo.

Elena. Y si una muerte temprana...

Arpon. Entonces, desde mañana,
«yace aqui,» dirá un letrero,
«un infante peluquero
y una infanta sacristana.»

Elena. De miedo el alma está llena!

Arpon. Parece que gente suena!

Elena. Dios mio, y en qué ocasion!

Arpon. Volvamos á la prision!

Elena. A Dios, Pepe!

Arpon. A Dios, Elena!

ESCENA IX.

ROBLEDO. *Despues* EL CAPITAN MATEO.

Robledo. (*Apresurado.*)
Capitan, capitan!

Capitan. (*Dentro.*) Hola!
Quién va allá? (*Saliendo.*)

Robledo. Somos perdidos.

Capitan. Qué dices? qué es lo que ocurre?

Robledo. Adverso nos fue el destino!

Capitan. Esplícate, no te entiendo.

Robledo. Sabed que nos han vencido.
Se ha terminado el combate
á espaldas de este castillo;
los parciales de la infanta
llevan el pendon altivo
del triunfo: los del infante

que no yacen en el sitio
de la pelea, dispersos,
sin orden y sin designio
huyen, por no sujetarse
al dolor de ser vencidos.
Prisionero está el infante
y su poder abatido,
y las huestes vencedoras
cercanas á este castillo.
Resistirnos no podemos
á su número escesivo;
solo nos queda la fuga,
ó entregarnos cual vencidos.
No hay otro medio; elegid
uno de estos dos caminos.

Capitan. No hay ninguno mas?

Robledo. Ninguno.

Capitan. Miradlo bien.

Robledo. Os lo he dicho:
y si seguis mi consejo,
la fuga es por lo que opino.
Tal vez seremos las víctimas
que inmolen en sacrificio,
por haber sido nosotros
los que habemos sorprendido
á los infantes; y á mas,
no ha habido mucho cariño
para tratarles...

Capitan. Y es cosa
que no olvidan los partidos;
de modo, que en vez de premios
que soñaba en mi retiro,
estaremos destinados
á los mas duros castigos...
Aqui de la estratagema;
aqui del cálculo fino.

Robledo. Capitan, no delireis.

Capitan. No, Robledo, no deliro;
los infantes nada saben
del término que ha tenido
la batalla; de manera,
que si ahora enternecidos

ante ellos nos presentamos,
vendiéndoles el servicio
de que somos de los suyos
porque nos han conmovido
sus desgracias, quién me dice
no cambia nuestro destino?

Robledo. Dudarán de las palabras.

Capitan. Nadie cierra los oidos
al elogio y la lisonja;
dejad eso á cargo mio.

Robledo. Tampoco yo lo hago mal
cuando llena mis designios:
pero hemos de desertar
de las filas de un partido?

Capitan. Desertar! Soberbia cosa!
La opinion es un anillo
circular, con tantas caras
como puntos tiene un círculo,
y segun va dando vueltas
está brillante ó sin brillo.
Y el pasar de un bando á otro
es como cualquier oficio,
cuya ciencia está en saber
cambiar á tiempo los vivos.

Robledo. Y si despues...

Capitan. Qué recelos!
Estais, Robledo, muy tímido,
y gefes como nosotros
deben marchar con el siglo.

Robledo. Ved que yo soy subalterno,
y como inferior os sirvo:
vos mandais y yo obedezco;
yo soy un cuerpo pasivo
á quien vos servís de pauta;
con que marcadme el camino.

Capitan. Pues señor, mano á la obra;
demos al punto principio:
abrid esa puerta vos;
media vuelta y al avío.

ESCENA X.

LOS MISMOS. ELENA. ARPON.

(La entonacion de esta escena está indicada en los versos y en el carácter y situacion de los personages.)

Capitan. (*Abriendo la puerta de la prision de Elena.*)
Salid, salid, infanta;
no empañe vuestros párpados el lloro.
Robledo. (*Id. á la de Arpon.*)
Salid, salid, infante;
no nuble vuestra faz terror sombrío.
Capitan. No es el destino impío
quien arrastra hácia vos mi ruda planta;
es la espresion leal de un sentimiento...
Robledo. Que germinando en pechos generosos,
rechaza los deberes mas preciosos,
cuando marchan á un fin tal vez sangriento.
Elena. (Qué me querrán decir!)
Arpon. (No les entiendo.)
Elena. Esplicad, capitan, vuestra embajada.
Arpon. Habladme, si gustais, con mas franqueza.
Capitan. Probaros hoy pretendo,
haciendo alarde de marcial nobleza,
que estais en mi castillo resguardada.
Robledo. Y yo tambien sofoco
la voz de un juramento aventurado.
Elena. (Pues señor, hasta aqui no entiendo nada.)
Les comprendes? (*A Arpon.*)
Arpon. (Yo no.)
Elena. (Pues yo tampoco.)
Si quereis que os entienda sed mas claros.
Arpon. Si os hemos de entender no seais ilusos:
dejad vuestros preámbulos difusos,
y no tengais temores ni reparos.
Capitan. Pues bien, infanta, oid.
Robledo. Oid, infante.
Capitan. Vuestra suerte fatal me ha conmovido!
Robledo. Yo padezco al mirar vuestro semblante.
Capitan. Calla, calla, Robledo, eres vasallo:
cuando tu capitan está delante

viene con fé sincera
á mostraros su amor, puesta de hinojos.

Arpon. Parece que aqui estan bien educados.
Os complace, señora?

Elena. Mucho, mucho.

Arpon. Estamos en los gustos hermanados.
Que penetren.

Capitan. (*Saliendo.*) Muy bien.

Arpon. (*A Elena.*) Esto va bueno.

Elena. (*A Arpon.*)
Yo dudo...

Arpon. Pues yo no, que estoy sereno.

Capitan. (*Desde fuera.*)
Permite su bondad que entreis á verla.

(*Entra el capitan, y despues soldados, hombres y mugeres del pueblo.*)

Adelante: alli está.

Uno del pueblo. Que viva!

Todos. (*Arrodillándose.*) Viva!

Otro de id. Es hermosa, es verdad?

Otro de id. Es una perla.

Elena. Levantad, levantad.

Arpon. Arriba, arriba.
(*Tomando á algunos de la mano.*)

Uno del pueblo. Qué amables!

Otro de id. Y él, qué bajo!

Otro de id. Calla, loco.

Capitan. (*Bajo á la infanta.*)
Dignaos dirigirle dos palabras,
que el pueblo se contenta con muy poco.

Elena. Estoy tan conmovida en este instante
al ver de vuestra fé los sentimientos,
que en la garganta espiran mis acentos:
sed mi intérprete vos; hablad, infante.

Arpon. (Me gusta la salida; mas no importa.)
Vasallos, servidores de la infanta
ante quien doblegais vuestra rodilla,
con esta prueba de adhesion sencilla,
vuestro nombre á las nubes se levanta;
y ella que sabe agradecer favores,
premiará á manos llenas
vuestros servicios con dos mil amores.

Pueblo. Vivan!
Otros. Vivan!
Arpon. Muy bien. (Son unos bolos.)
Ea pues, despejad, dejadnos solos;
quedad vos, capitan; tengo que hablaros.
(Salen todos menos el capitan. El pueblo al salir prorumpe en vivas á la infanta.)
Capitan. Soy vuestro humilde siervo.
Arpon. Ya lo veo!
por lo mismo deseo
que la infanta abandone este hospedaje;
si es preciso gastar, tirad el oro
y alhajad un palacio
que digno sea de su real decoro.
Elena. Pero al menos ahora,
este lugar tan lóbrego y sombrío
quisiera abandonar.
Capitan. Pronto, señora.
Saldreis, saldreis al punto,
pero será entre vítores y loores:
daré campo del pueblo á la alegría,
y al comprender de su grandeza el sino,
alfombrará de flores
vuestro triunfal camino.
Elena. *(A Arpon.)*
Pero esto es cierto, Arpon?
Arpon. *(A Elena.)* Quién lo diria!
Capitan. Parto ya á prevenir...
Arpon. Pero al instante
regresareis aqui.
Capitan. Al punto, infante.
(Ya logré mi ambicion; la suerte es mia.)

ESCENA XI.

ELENA. ARPON. SEVERO.

Arpon. Elena!
Elena. Arpon!
Arpon. Esto va
viento en popa, ya lo ves.
Severo. *(Aproximándose por detras.)*
Viene á besaros los pies

vuestro siervo.

Arpon. Quién va allá?

Severo. Señor, soy el carcelero...

Arpon. (Por poco sorprende este hombre
nuestro secreto.) Tu nombre?

Elena. (Me asustó.)

Severo. Yo soy Severo.

Arpon. El de la llave, no es cierto?

Severo. Sí señor; mas no la eché;
solo entornadas dejé...

Arpon. Hicistes un desacierto:
el portarse con tivieza
no es cumplir la obligacion.

Severo. En eso teneis razon;
mas por servir á su alteza...

Elena. Carcelero, no lo olvido.

Severo. Dios os dé salud, señora.
(Si me castigan ahora
despues de haberles servido,
será un lance...)

Arpon. Basta. Vos
querreis ser recompensado?

Severo. Si es cosa de vuestro agrado,
me resignaré.

Arpon. Id con Dios.

Severo. Yo con cualquier friolera
productiva...

Elena. Yo lo creo!
Se cumplirá tu deseo.

Severo. (Qué infanta tan hechicera!)
Brillante será la historia
de vuestro reinado.

Arpon. Estoy.
Dejadnos.

Severo. Sí... ya me voy.

Elena. Os tendré muy en memoria.

Severo. Dejad que os bese los pies...

Elena. No lo permito.

Severo. (*Retirándose.*) (Ella es
servicial, encantadora.)

ESCENA XII.

ARPON. ELENA.

Elena. Pero esto es un entremés?
Arpon. Es la realidad, señora.
Te haré con pompa oriental;
si no me es la suerte ingrata,
un palacio de cristal
con las puertas de coral
y los tejados de plata.
Elena. Y yo haré para mi amante,
por mirarle enaltecido,
una carroza triunfante
con ruedas de oro bruñido,
y con eges de diamante.
Arpon. Bien; muy bien nos entendemos;
pero vamos con despacio:
es preciso que ensayemos
los pasos que nos demos
cuando estemos en palacio.
Primero, cabeza erguida,
paso grave, cara fea;
la mirada inadvertida.
Te convienes?
Elena. Convenida.
Arpon. Pues agárrate y pasea.
Vamos á ver, adelante;
obsérvame y ejecuta.

(Elena se coge del brazo de Arpon, y empiezan á pasear con aire ridículo, guardando compas en los pasos.)

Arpon. No presentas mal talante.
Elena. Mas que paseo de infante
es paseo de recluta.
Arpon. Es la infanta picaresca.
Yo te serviré de norte
con esta facha grotesca
para recibir la corte.
Elena. Qué tontería!
Arpon. Estás fresca!
si llega un embajador
le dirás con gravedad:

muy bien venido.

(Acompaña á la palabra la accion, y tiende la mano derecha á la parte por donde entra el capitan, que se la toma y la besa.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. EL CAPITAN MATEO.

Capitan. Señor,
me dispensais un favor
que no merezco en verdad.
Arpon. (*A Elena.*) (Aqui dispenso favores
sin saber cómo ni á quién.)
Capitan. El pueblo en vivos clamores,
entonando himnos de amores
muestra su júbilo.
Arpon. Bien!
Capitan. Aguarda con impaciencia
que vuestra noble presencia
salga al punto.
Arpon. (*A Elena.*) Lo otorgamos?
Elena. Justa es tal condescendencia.
Arpon. Ea pues, capitan, vamos.

(Toma de la mano á Elena, y cuando van á salir se presenta un gefe de las tropas de la infanta.)

ESCENA XIV.

DICHOS. EL GEFE.

Gefe. Atrás.
Arpon. (Este hombre me espanta.)
Capitan. Qué pasa aqui?
Gefe. Es muy sencillo.
Rendid al punto el castillo
á las tropas de la infanta.
Capitan. Quién lo ordena?
Gefe. Su mandato.
Elena. Tengo miedo! (*A Arpon.*)

Arpon. (*A Elena.*) En ti es corriente:
yo no... pero el ser prudente...

Capitan. (*Al gefe.*)
Vuestras órdenes no acato.

Gefe. Cómo! Capitan!

Elena. (Qué miedo!)

Capitan. La infanta en esta ocasion
me honra con su proteccion.

Arpon. Y yo asegurarlo puedo.

Gefe. (*A Arpon.*)
Quién sois vos, decid?

Arpon. Yo? yo?...
con que... quién soy preguntais?

Capitan. (*Al gefe.*) Reparad cómo le hablais.

Elena. (La farsa aqui concluyó.)

Gefe. Parece esto una comparsa
de gente loca...

Capitan. Reniego!...

Gefe. Leed al punto este pliego,
y acabemos esta farsa.

Elena. (Mi situacion es tristísima.)

Capitan. (*Leyendo.*) Es una orden de la infanta!
Falsa! falsa! (*Dándosela á Arpon.*)
Carta canta.

Arpon. (*Mirándola.*)
Sí señor, falsa! falsísima!

Gefe. No entiendo estas taravillas...

Capitan. Y teneis tanta impudencia,
que de la infanta en presencia?...
De rodillas!

Arpon. De rodillas!!!

Gefe. Con que la infanta?...

Arpon. Es aquesta.

Gefe. Pues señor, yo no sabia
que aqui una muger habia
que estaba á reinar dispuesta.
Basta de conversacion,
ó de una intriga traidora...
La infanta está entrando ahora
en triunfo en la poblacion.

Elena. (Ay! Vírgen de la Almudena!)

Gefe. Con que sois una farsanta

que usurpa el nombre de infanta?

Arpon. (Ay! Triste de mí y de Elena!)

Capitan. Y se calla! Cómo?...

Elena. Yo...;

yo no he sido... el señor fue...

(*Señalando al capitan.*)

Capitan. Quién decís?

Arpon. Lo esplicaré.

Esto ha sido un *quid pro quo*:

á Elena, que era mi estrella,

robé del hogar paterno,

desafiando al infierno

para casarme con ella...

Elena. ¡Cuando íbamos fugitivos

nos cogen, y en dos instantes

nos improvisan infantes,

pero aunque infantes, cautivos.

Negué. Pero hay quien destierre

del señor la conviccion?

Todo lo juzga ficcion,

y prosigue *erre que erre*.

Arpon. Quiso probarnos despues

la exactitud de tal modo,

que dijo era igual en todo

de la cabeza á los pies;

y con seña y seña tanta

nos quisieron convencer,

que tuvimos que creer

que era mi Elena la infanta;

y aprovechando este instante

que la fortuna nos dió,

por no rebajarla yo,

me tuve que hacer infante.

Elena. Esta es, señor, la verdad,

que bien merece disculpa.

(*Se arrodillan.*)

Gefe. No está en vosotros la culpa;

yo os perdono: alzad, alzad.

Mas no olvideis este dia,

que os pudo ser muy funesto.

Capitan. (Pero que me pase á mí esto!

qué barbaridad la mia!)

(*Al gefe:*)
Muy grande ha sido el desman
que cometió mi imprudencia.

Géfe. Hoy es dia de indulgencia,
y os alcanza, capitan.
(*A Elena y Arpon.*)
De las sombras al abrigo
debeis de partir los dos.

Arpon.
Elena. } Lo haremos.

Gefe. Y os guie Dios.
Capitan, venid conmigo.

Capitan. (Nada me ha salido bien.)

ESCENA ÚLTIMA.

ARPON. ELENA.

Elena. Ay Arpon! Arpon!

Arpon. Elena!

Elena. Hemos librado de buena!
tenia un miedo!...

Arpon. Y yo tambien.
Los sueños de cosas cucas
no llegaron á cuajar;
volvamos tú á repicar
y yo á peinar mis pelucas.
Qué dices?

Elena. Que estoy serena;
porque en esta situacion,
á mí me queda mi Arpon!

Arpon. Y á mí me queda mi Elena!
Pero... los soñados gustos
no serian mala cosa.

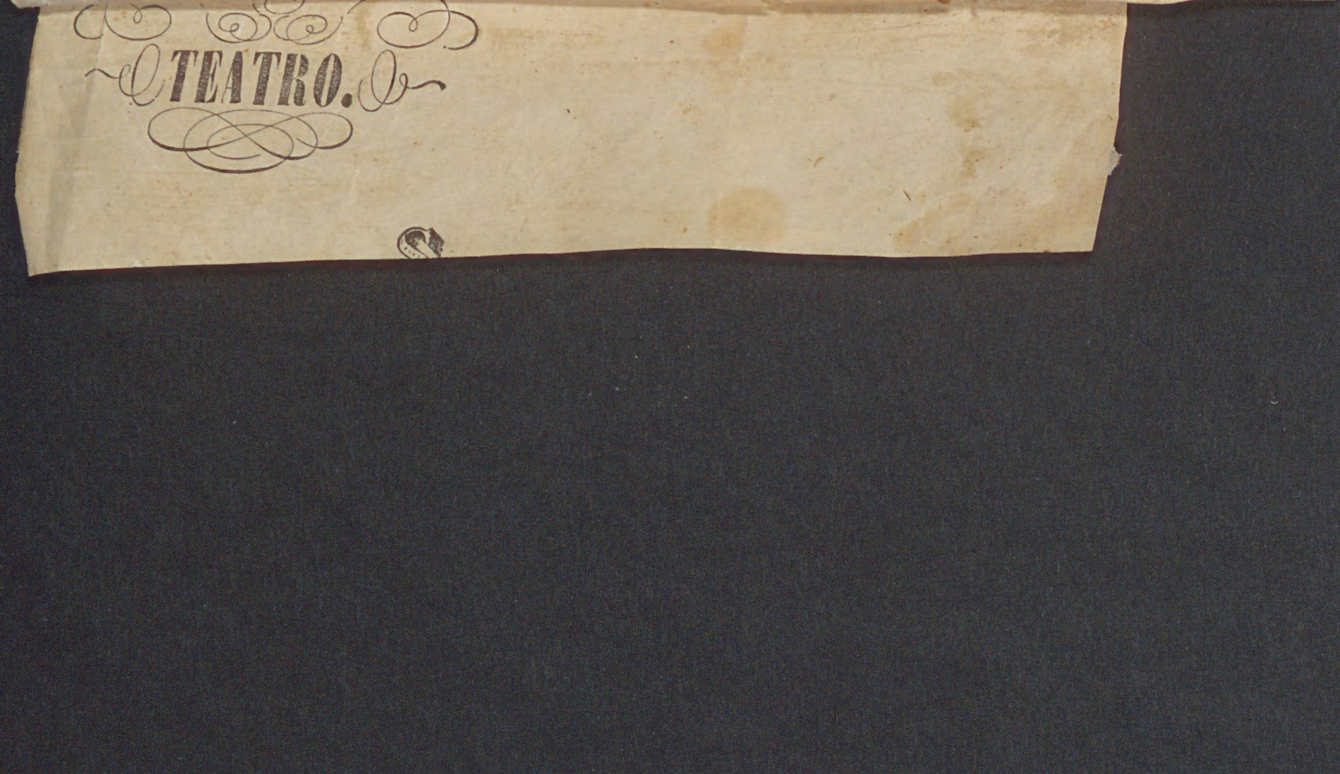
Elena. Yo no quedo pesarosa
si no tenemos más sustos.

Arpon. Mas sustos? vamos á ver;
el público que lo vió,
nos va á decir sí ó no:
si los hay, echo á correr.
(*Hace indicacion de marchar. Elena le detiene y le vuelve á la escena de la mano.*)

Elena. Quieto aqui: no haya jarana:
que si el público es severo,
sufrirán su suerte insana
el infante peluquero (*Señalando á Arpon.*)

Arpon. y la infanta sacristana.

FIN DE LA COMEDIA.


TEATRO.